

fin del género humano y comprenden mejor la Providencia, Balzac se desentendiendo sonriendo y serenamente de aquellos temibles estudios que ocasionaron la melancolía de Molière y la misantropía de Rousseau.

Hé aquí lo que hizo mientras estuvo con nosotros. Hé aquí la obra que nos deja, obra elevada y sólida, fortísimo conjunto de hiladas de granito, monumental obra, desde cuya altura resplandecerá para siempre su fama inmortal. Los grandes hombres se construyen su pedestal; el porvenir se encarga de la estatua.

Su muerte ha sumido á Paris en estu- por profundo. Hacia algunos meses que había llegado á Francia. Sentía que iba á morir y quiso volver á ver su pátria, como el que la víspera de un largo viaje se apresura antes á abrazar á su madre.

Su vida ha sido corta, pero aprovechada; más llena de obras que de días.

Este trabajador potente y nunca fatigado, este filósofo, este pensador, este poeta, este génio ha vivido entre nosotros la vida de las tempestades, de las luchas, de las discusiones, de los combates de que participaron en todos los tiempos los hombres eminentes. Hoy miradle ya en paz y libre de polémicas y rencores, llegando en un mismo día á la gloria y á la tumba. Vá á brillar, en lo sucesivo, encima de las nubes que se amontonan sobre nuestras cabezas entre las estrellas de la pátria.

No os sentís tentados á envidiarle?

Señores, á pesar de que nos embarga el sentimiento ante tan gran pérdida, resignémonos á estas catástrofes, aceptándolas como dolorosas y severas. Quizás es conveniente y necesario, en una época como la actual, de tiempo en tiempo una gran muerte, que comunique á los espíritus devorados por la duda y por el excepticismo una sacudida religiosa. La Pro-

videncia sabe lo que se hace cuando pone al pueblo cara á cara con el misterio supremo y cuando le proporciona ocasión para meditar sobre la muerte, que es la gran igualdad y también la gran libertad.

La Providencia es sábia, porque ésta es la más alta de todas las enseñanzas. Es imposible que dejen de llenar austeros y serios pensamientos todos los corazones cuando un sublime espíritu entra majestuosamente en la otra vida; cuando uno de esos seres que se han cernido largo tiempo sobre la multitud con las alas visibles del génio, despliega de pronto otras alas que no se ven para sumergirse bruscamente en lo desconocido.

Pero no, no es lo desconocido. Ya he dicho en otra ocasión, también dolorosa, y no me cansaré de repetirlo, que no se sumergen en la oscuridad, sino en la luz; que morir no es el fin, sino el principio; no es ir á la nada, es ir á la eternidad. ¿No lo creéis así los que me estais escuchando? Féretros como éste demuestran la inmortalidad, y ante cadáveres tan ilustres se comprende distintamente la misión sublime de la inteligencia, que atraviesa por el mundo para sufrir y purificarse y que se llama el hombre, y se comprende que es imposible que los que fueron génios durante la vida no sean almas despues de la muerte.

El 2 de Diciembre de 1851.

NOTA.

Sabido es que ese día dió el golpe de Estado Luis Napoleon. Por no hacer un vacío en el órden correlativo de fechas de los tres libros *Antes del destierro*, *En el destierro* y *Despues del destierro*, encabezamos estas líneas con la última, que abarca el primero de los tres; pero no insertamos aquí la historia del golpe de Estado ni la del destierro de Victor Hugo, porque una y otra las hemos publicado detalladamente en *Napoleon el Pequeño* y en *La Historia de un crimen*, que forman parte del tomo III de nuestra publicación.—(N. del T.)

FIN DE ANTES DEL DESTIERRO.

EN EL DESTIERRO

1852 Á 1870

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1966. 1625 MONTERREY, MEXICO

LO QUE ES EL DESTIERRO

PREFACIO

I.



El ciudadano es la encarnación del derecho y el legislador es el derecho coronado. Las antiguas Repúblicas representaban al derecho sentado en la silla curul, llevando en la mano el cetro, que representaba la ley, y revestido de púrpura, que indicaba la autoridad. Esta exacta representación es todavía hoy nuestro ideal. La sociedad bien constituida debe tener en su cumbre el derecho consagrado por la justicia y venerado por la libertad.

Hasta ahora no hemos pronunciado la palabra fuerza, y sin embargo, la fuerza existe; existe en el derecho, pero no fuera de él. Quien dice derecho, dice fuerza. Fuera del derecho solo existe la violencia.

Porque la única necesidad es la verdad; no hay más que una fuerza, que es el derecho. Solo son aparentes los éxitos que se logran fuera de la verdad y del derecho. La vista miope de los tiranos se equivoca, y triunfar por medio de una emboscada les parece que es haber conseguido una victoria, pero eso es una ilusión; el criminal cree que el crimen es su cómplice, y esto es un error; su crimen es un castigo: el asesino siempre se hiere con sus propias armas; siempre la traición engaña al traidor, y sin que lo conozcan los delincuentes se apodera de ellos el espectro invisible de su delito,

les esclavizan sus malas acciones, y arrastrados fatalmente por inexorable itinerario, por la gloria desembocan en cloacas de sangre y por la vergüenza en abismos de cieno: no hay remisión para los culpables; el 18 Brumario les arrastra á Waterlloo y el 2 de Diciembre á la derrota de Sedán.

Cuando destronan y despojan al derecho, los hombres de la violencia y los traidores del Estado no saben ya lo que se hacen.

II.

El destierro significa el despojo del derecho. Por parte de quién? ¿Por la del que lo sufre? No; por parte del que lo decreta. El suplicio se vuelve contra el verdugo y le muerde.

Nada deben temer tanto los malhechores coronados como al pensador que se pasea solo por una playa desierta, en la que vé pasar las aves que anuncian la tempestad, asombradas de la asiduidad del filósofo, que al amanecer, tomando á Dios por testigo, no solo piensa, sino medita, y cuyos cabellos negros, primero se convierten en grises y despues en blancos en la soledad; nada es tan temible como el pensamiento de este hombre, que está ausente de su patria, pero no muerto; nada es tan temible como la gravedad de ese desheredado y la nostalgia de ese inocente.

Aunque hagan todo lo que quieran los poderosos momentáneos, el eterno fondo se les resiste. Solo son dueños de la

superficie de la certidumbre; su interior pertenece á los pensadores. Pueden desterrar á un hombre, pueden arrancar á un árbol de raíz, pero no pueden arrancar la luz del cielo. Mañana aparecerá la aurora.

Hagamos, esto no obstante, justicia á los proscritores, que son lógicos, perfectos, abominables, y hacen todo lo que pueden para anonadar al proscrito, consiguiendo lo que se proponen. Porque el proscrito es un hombre tan arruinado, que no le queda más que el honor; tan despojado, que no le queda más que la conciencia; tan aislado, que solo tiene á su lado la equidad; tan repudiado, que solo vive con él la verdad; tan hundido en las tinieblas, que no le queda otra luz que la del sol.

III.

El destierro no es un hecho material, es un hecho moral. Para él todos los rincones del mundo son iguales; cualquier sitio es bueno, con tal que presente vasto horizonte y esté lejos.

Propios son para esto el archipiélago de la Mancha, que los franceses encuentran que en nada se parece á su patria; Jersey y Guernesey son dos pedazos de la Galia, que el mar rompió en el siglo diez y ocho. Jersey es más coqueta que Guernesey: esta isla es mucho más graciosa y menos bella; el bosque se ha convertido en jardín; en Guernesey las rocas continúan siendo colosales; aquella tiene más gracia, ésta más majestad. Guernesey se parece á la Normandía y Jersey á la Bretaña. Guernesey es un ramillete grande como la ciudad de Londres; hay en ella perfumes, rayos y sonrisas, lo que no impide que la visiten las tempestades. Es un idilio en plena mar. En los tiempos paganos, Guernesey era romana y Jersey céltica; en la primera se conoce aun que imperó Júpiter y en la segunda Teutates. En Guernesey ha desaparecido la ferocidad, pero no el salvajismo, y lo que en ella fué en otro tiempo druidico es ahora hugonote; no reina ya Moloc, pero reina Calvino; la iglesia es fría, el paisaje gazmoño, la religion malhumorada.

Guernesey deja al proscrito buenos recuerdos, pero el destierro existe fuera del lugar donde se pasa. Bajo el punto de vista interior, puede decirse que no hay destierro más hermoso.

El destierro debe ser un país severo, en el que todo está trastornado, inhabi-

table, demolido y ruinoso, menos el deber, que es lo único que está en pié y que, como el campanario de la iglesia de un pueblo arruinado, debe parecer más alto entre las ruinas que le rodean.

El destierro es un sitio de castigo. ¿De quién? Del tirano. Pero el tirano se defiende.

IV.

El proscrito debe temerlo todo. Le lanzan fuera de la patria, pero no le pierden de vista. El proscritor es curioso y no deja de mirarle. Os visita bajo formas ingeniosas y variadas. Un dia un respetable pastor protestante se sienta en vuestro hogar: profesa el protestantismo que se apunta en la caja Trouzin-Doumersan; otro dia un príncipe extranjero que chapurrea vuestra lengua se os presenta: es Vidocq que viene á visitaros; otra vez un maestro doctrinario se introduce en vuestra casa y le sorprendéis repasando vuestros documentos. Todo se permite contra el proscrito, que está fuera de la ley, fuera de la razon y fuera del respeto; se le atribuyen palabras que no dice, cartas que no escribe, acciones que no realiza.

No escribais á vuestros amigos de Francia, porque os abrirán las cartas, y esto lo consienten los tribunales; desconfiad de las personas con quienes habléis, porque el hombre que os sonrío en Jersey os desacredita en París. Estais en un lazareto. Desgraciado el hombre honrado que vaya á veros. Le sorprenden en la frontera, en la que el emperador le espera bajo la forma de genarme.

Un desconocido misterioso se os acerca y os habla al oído; os declara que, si quereis, se encargará de asesinar al emperador: de parte de Bonaparte os ofrecen matar á Bonaparte. A los banquetes fraternales que concurráis oíreis gritar á alguno en algun rincón: ¡Viva Marat! Viva Hebert! Viva la guillotina! Si os fijais conoceréis que esa voz es la de Carlier. En algunas ocasiones pagais las deudas de la posada de un desterrado, y este proscrito es un agente; otras pagais el viaje de un fugitivo, y este fugitivo es un esbirro. Cuanto luego se invente contra vosotros, cuanto se os calumnie, teneis que aceptarlo: esos son los proyectiles que os lanza el imperio. No pidais que rectifiquen las calumnias que os levantan, que se reirán de vosotros y continuarán ultrajándoos. Los que in-

sultan cuentan con el numeroso público de los imbéciles.

No debe asombraros que os calumnien; al contrario, debeis esperarlo; esto es muy natural. Habeis sido poco razonable; nadie os obligaba á tronar contra el golpe de Estado, á combatirlo en nombre del derecho, ni á sublevaros contra el imperio. No debíais haber sido demagogo. Cuando un hombre maltrata al derecho y desprecia la ley, tendrá probablemente razones para obrar de ese modo, y debíais haber sido partidario suyo. El éxito sanciona sus actos, y el éxito les convierte en derecho. Si apostatárais os elogiaríamos, y en vez de estar proscrito os nombraríamos senador.

Ha tenido tanta habilidad ese hombre, que los jueces que empezaron acusándole luego le prestaron juramento, y han hecho lo mismo el clero, el ejército, los obispos y los generales. No pretendais ser más virtuoso que ellos, ni ponerlos enfrente. Pensad que á una parte se encuentra lo más respetable, lo más venerable de la nación, y á la otra parte os encontráis vos solo. Esto es poco hábil, y si nos burlamos de vuestra conducta, hacemos bien.

Todos los hombres honrados están contra vos y los calumniadores estamos con los hombres honrados. Meditad y comprendereis que es preciso salvar á la sociedad. De qué? De lo que vosotros la amenazais. De suprimir la guerra y el patíbulo, de abolir la pena de muerte, de empeñarse en que tenga enseñanza gratuita y obligatoria. Seria insoportable que todo el mundo supiera leer. Además, proclamais utopias abominables. Quereis conceder todos los derechos á la mujer y hasta que goce del sufragio universal; que en el matrimonio se permita el divorcio; que el niño pobre sea tan instruido como el niño rico; que la igualdad sea el resultado de la educacion; que empiece á disminuirse el impuesto y acabe por suprimirlo la destruccion de los parásitos, el arrendamiento de los edificios nacionales, el reparto de los bienes comunales, etc. etc. etc. El presidente se opuso á todo eso, y ha hecho muy bien. Nos combatís y os calumniamos. Sabemos que mentimos, pero protegemos á la sociedad, y la calumnia que protege á la sociedad es de utilidad pública. Estando la magistratura de parte del golpe de Estado, tambien lo está la justicia; estando con él el clero, tambien lo está la religion; la religion y la justicia son dos entes morales inmaculados y

santos; la calumnia que les es útil participa de su santidad, y aunque es una ramera, está al servicio de esas dos vírgenes.

Así razonan los calumniadores.

V.

El proscrito debe despreciarlos, no acordarse de ellos y vagar por la playa á las orillas del mar: en la tranquila movilidad de éste debe buscar la calma y meditar en la rebelion eterna de las olas contra las rocas y en la de las imposturas contra la verdad: vanamente conmueven á aquellas y á éstas, y aunque la ola escupe á la roca, nada gana la espuma y nada pierde el granito; no hay que alborotarse contra la injuria, no hay que tomar represalias; hay que vivir en el destierro con severa tranquilidad. La espuma de las olas corre por las rocas, pero éstas no se menean, y á veces la espuma las hace brillar. La calumnia acaba por ser un título honorífico. En la cinta plateada que brilla á veces en los pétalos de la rosa, se reconoce que por allí se ha arrastrado la oruga.

Cumpla el proscrito con su deber y deje que la diatriba recorra su camino. Debe callar aunque se le calumnie, aunque se le silbe y aunque se le muerda. Su silencio es imponente.

Querer extinguir la injuria es atizarla. Todo lo que se arroja á la hoguera de la calumnia la sirve de combustible. Emplea en su tarea su propia deshonra. Contradecirla es darla satisfacciones. En el fondo, la calumnia aprecia al calumniado, sufre y muere si se la desprecia. Aspira á conseguir el honor de que la desmientan, y no debe dársele gusto.

VI.

Por otra parte, no deben quejarse los proscritos si repasan la historia, porque de ese modo se convencerán de que á los grandes hombres se les ha insultado más que á ellos.

Es hábito humano antiquísimo el ultrajar: las manos desocupadas se complacen arrojando piedras: el desgraciado que excede del nivel humano y llega hasta la cumbre, se expone á recibir el rayo por arriba y la lapidacion por abajo. Como ocupan sitios elevados, atraen las miradas y afrentan á los demás. El transeunte envidioso está siempre en la calle y solo se ocupa en odiar; siempre le encontrareis, miserable y furioso, á

la sombra que proyectan los edificios altos.

Los especialistas debían estudiar las causas del insomnio de los grandes hombres. Homero duerme, *bonus dormitat*, y mientras duerme le pica Zoilo; Esquilo siente en la piel la picazon de Eupolis y de Cranitus: los mosquitos abundan; á Virgilio le pica Mevius; á Horacio, Licilius; á Juvenal, Codrus; á Dante, Cecchi; á Shakespeare, Green; á Corneille, la Academia; á Molière, Donneau de Viré; á Montesquieu, Desfontaines; á Buffon, Labeaumelle; á Rousseau, Palissot; á Diderot, Nonotte; á Voltaire, Freron. La gloria es una cama dorada que cria chinches.

El destierro no es la gloria, pero se le parece en tener sabandijas. La adversidad no tranquiliza, y ver que duerme el justo desterrado desagrada á los que recogen las migajas que caen de las mesas de Nerón ó de Tiberio. Tienen celos del hombre caído, del expulsado, y no es extraño que tengan envidiosos los proscritos. El insultador antiguo solo seguía el carro del vencedor; el insultador actual sigue á pié al vencido. El vencido se desangra y los insultadores echan barro á la sangre. ¡Que gocén esta alegría!

Esta alegría es tan real y complace tanto al señor, que ordinariamente la paga. Los fondos secretos del presupuesto se gastan retribuyendo los ultrajes públicos. Los déspotas, en la guerra que hacen á los proscritos, cuentan con estos dos auxiliares: con la envidia y con la corrupcion.

Al referir lo que es el destierro, debemos entrar en algunos detalles.

VII.

Hemos hablado de los pequeños disgustos del destierro; hablaremos ahora de los grandes, que consisten en soñar, en pensar y en sufrir.

El gran sentimiento del desterrado consiste en vivir solo y pensar en la humanidad; en execrar la victoria del mal y en compadecerse de la dicha del malvado; en vanagloriarse de ser ciudadano y en purificarse como filósofo; en ser pobre y procurarse la subsistencia con el trabajo; en no llevar la contemplacion del ideal hasta el extremo de olvidarse del tirano; en pensar en sí y en la patria.

Es dulce sentir la compasion anticipada; estar dispuesto á ser clementes con el culpable cuando caiga y se arrodille á nuestros piés. Da augusta alegría pro-

meter hospitalidad para mañana á los vencidos del porvenir. El que escribe estas líneas ha dicho muchas veces á sus compañeros de destierro: *Si alguna vez, al día siguiente de una revolucion, Bonaparte fugitivo llamara á mi puerta pidiéndome asilo, se la abriría.*

Estas meditaciones, que vienen á confundirse con todos los contratiempos de la adversidad, placen á la conciencia del proscrito, y no solo no impiden que cumpla su deber, sino que le dan ánimo para cumplirlo. Hay que ser severos hoy para ser compasivos mañana; hay que combatir al poderoso para socorrer al que pida auxilio, imponiéndole mañana, como única condicion, el arrepentimiento. Pero hoy es un deber combatir al crimen victorioso.

El gran esfuerzo y el gran sueño del destierro debe ser cavar el precipicio al enemigo vencedor, preparar asilo al enemigo vencido, combatir con la esperanza de poder perdonar, añadiendo á esto que debe consagrarse al sufrimiento universal. El proscrito siente la satisfaccion magnánima de no ser inútil. Se olvida de su propia herida para procurar la curacion de la herida humana. Obrando así no sueña, sino que, por el contrario, busca la realidad; más diremos, la encuentra. Vagando en el desierto, piensa en las ciudades, en los tumultos, en los hormigueros, en las miserias, en todos los que trabajan, ya con el pensamiento, ya con las manos. Piensa en ello sin cesar. Sus paseos en la playa no son perdidos, porque le hacen fraternizar con el poder del abismo, contemplar el infinito y oír lo ignorado. La voz inmensa de la naturaleza habla al solitario. Severas analogías le enseñan y le aconsejan. Fatalmente pensativo, vé ante él las nubes, los soplos y las águilas, y se convence de que su destino es tonante y negro como las nubes, de que sus perseguidores son vanos como los soplos del viento y de que su alma es libre como las águilas.

El desterrado es un sér benévolo. Se apasiona de las rosas, de las mariposas y de los nidos: en el estío participa de la agradable alegría de los séres; tiene fé inquebrantable en la bondad secreta é indefinida, y es tan pueril, que cree en Dios; hace en su morada de la primavera las bóvedas de ramas, que, formando frescos antros verdes, cobijan su espíritu; vive en un Abril florido; estudia y compara las diversas melodías de la naturaleza, que suenan en los oídos de un Virgilio invisible en las Geórgicas de los bosques;

vé á través de sus imaginaciones las niñas de tres años que corren por la playa hácia el mar, descalzas y levantándose las faldas con los dos brazos, enseñando su vientre inocente á la fecundidad inmensa, y en el invierno desmigaja pan en las nieves para que coman los pájaros. De vez en cuando recibe cartas que le dicen: "Han abolido tal penalidad y no castigarán á tal individuo con la pena de muerte." El proscrito levanta al cielo entrambas manos en actitud de agradecimiento.

VIII.

De hombres tan peligrosos recelan los gobiernos, y acuerdan persecuciones, expulsiones y algunas veces extradiciones. Una de estas últimas se verificó en Jersey en 1855. El 18 de Octubre los desterrados vieron que amarraba en el muelle de Saint-Helier el *Ariel*, navío de la marina imperial, que iba á buscarlos. La reina Victoria ofrecía los proscritos á Napoleon; un trono guardaba á otro estas consideraciones.

La extradicion no llegó á verificarse; la aplaudia la prensa realista inglesa, pero el pueblo de Lóndres la censuraba y gruñía. Ese pueblo es de esa manera; su gobierno puede ser perro de aguas, pero él es un dogo. El dogo es el leon de los perros, y tener majestad en la probidad es propio del pueblo inglés. Como éste enseñó los dientes, Palmerston y Bonaparte se tuvieron que contentar con la expulsion.

En esa época, así como los gobiernos estaban en connivencia con el proscrito, había verdadera complicidad entre los proscritos y los pueblos. Esa solidaridad, de la que nacerá el porvenir, se manifestaba bajo todas las formas, y se encontrarán señales de ella en las páginas de este libro.

IX.

En el verano de 1867 Luis Bonaparte había alcanzado el máximum de gloria que puede conseguir un crimen. Había llegado á la cumbre de su montaña, despojándose completamente de la vergüenza, y ningun obstáculo se le oponía; era infame y supremo; no era posible obtener victoria más completa; parecía que había vencido las conciencias. Las majestades y las altezas estaban á sus piés ó en sus brazos; Windsor, Kremlin, Schembrun y Postdam se daban cita en

las Tullerías; había acaparado la gloria política representada por Rouher, la gloria militar por Bazaine y la gloria literaria por Nizard; le habían aceptado los grandes caracteres, como los de Vieillard y Merimée; el 2 de Diciembre tenía para él larga duracion, la duracion de los quince años de Tácito, *grande mortalis avi spatium*; el imperio estaba entonces en pleno medio día. Se burlaban de Homero en los teatros, de Shakespeare en la Academia. Los profesores de historia aseguraban que Leonidas y Guillermo Tell no habían existido; todo era armonioso; nada desentonaba el cuadro. Estaban acordes la mezquindad de las ideas con la sumision de los hombres; la bajeza de las doctrinas era igual á la altanería de los personajes; el envilecimiento era la ley comun; existía una especie de Anglo-Francia semipartida entre Bonaparte y la reina Victoria, que gozaba de la libertad, segun decia Palmerston, y del imperio, segun decia Troplong; era más que una alianza, era casi un beso. Esta Anglo-Francia proscribía á la Francia verdadera y humillaba á Inglaterra, pero reinaba; en aquella situacion la Francia era esclava y la Inglaterra sirviente, y el porvenir se presentaba nebuloso. Pero el presente era un oprobio con el rostro descubierto, y magnífico, segun todos confesaban. La Exposicion universal resplandecía y deslumbraba á Europa desde Paris; en ella se presentaron maravillas, entre otras el cañon Krupp sobre un pedestal y el emperador francés felicitando al rey de Prusia.

Aquel fué el gran momento del imperio. Nunca estuvieron los proscritos tan mal mirados, y ciertos diarios ingleses les llegaron á llamar rebeldes.

En dicho verano, un día del mes de Julio, un pasajero hacia la travesía desde Guernesey á Southampton. Ese pasajero era uno de los rebeldes de que acabamos de hablar. Fué representante del pueblo en 1851 y le desterraron el 2 de Diciembre. Ese pasajero, cuyo nombre es inútil declarar, porque solo lo citamos porque dió ocasion al hecho que vamos á referir, se embarcó aquella misma mañana en Saint-Pierre-Port en el buque *Normandy*. Desde Guernesey á Southampton media un trayecto de siete á ocho horas.

Era la época en la que el kedive, despues de saludar á Napoleon, iba á saludar á la reina Victoria, y aquel día mismo la reina de Inglaterra hizo que el virey de Egipto contemplase el espec-